

Del amor y otros demonios

La enfermedad como pliego de la historia

MÓNICA ARANGO ARANGO¹

Artículo recibido el 2 de abril de 2016, aprobado para su publicación el 6 de junio de 2016

Resumen

Reflexionar sobre la evolución de las enfermedades, sus concepciones y lo que significó la hidrofobia –conocida como rabia– sumado a los pensamientos que desencadenaron en nefastos sacrificios y terribles muertes a falta de una verdad más oportuna y lógica que la de un contagio demoniaco, es una de las propuestas del siguiente texto para abordar la novela *Del amor y otros demonios*, escrita en 1994 por el nobel colombiano Gabriel García Márquez. Otro objetivo también será analizar cómo los acontecimientos de una época fueron decisivos no solo para dar paso a una *historia* de patria, de logros políticos y de cambios sociales, sino a una *historia* de amor y otros demonios particulares, protagonistas de una leyenda en la Cartagena de Indias del siglo XVIII. Por otro lado, se propone un análisis desde la novela con conceptos que abarcan el subgénero de la novela histórica, las representaciones de los personajes y la historia como herramienta literaria.

Palabras clave: literatura, historia, novela, enfermedad, García Márquez.

Of love and other demons *The disease as specifications history*

Abstract

Reflect on the evolution of diseases, their conceptions and which meant the hydrophobia, –known as rage– added to the thoughts that have led to nefarious sacrifices and terrible deaths for lack of a more timely and logical truth than that of a demonic contagion, is one of proposals of this text about the novel *Of love and other demons*, written in 1994 by the Colombian nobel Gabriel Garcia Marquez. Another objective is to analyze how the events of an era were crucial, not only to give way to a story of homeland, political achievements and social changes, but a love story and other private demons,

1 Comunicadora Social y Periodista. Estudiante de Maestría en Literatura (Universidad Tecnológica de Pereira). Asistente académica del Doctorado en Diseño y Creación de la Universidad de Caldas. Correo electrónico: monica.arango@ucaldas.edu.co

protagonists of a legend in Cartagena de Indias at eighteenth century. On the other hand, an analysis based on the novel with concepts covering the genre of the historical novel, representations of the characters and history as a literary tool is proposed.

Key words: literature, history, novel, disease, García Márquez.

*“No es el virus rábico el que va al hombre,
sino el propio hombre el que se infecta
por su imprudencia o ignorancia...”.*

Louis Andral

Haciendo un breve recorrido por la historia de las enfermedades y sus consecuencias en la humanidad, pareciera ser, como afirma Muñoz (1990), que la rabia ha sido una de las que más ha causado pánico, un terror que se infundió desde antes de Aristóteles, puesto que muchos años atrás ya se le conocía como una enfermedad mortal y relacionada al contacto con los perros.

En su texto *La rabia: una zoonosis de interés en Andalucía*, este autor hace un recuento de algunas menciones que se conocen de dicha enfermedad, como en el siglo XXX antes de Cristo, con el Códice sumerio de Eshnunna, según el cual se estimaba el monto a pagar por el dueño si su perro mordía a un esclavo o un blanco; las normas para tratar a los animales consignadas en el Código de Hammurabi, de la antigua Babilonia; las referencias del dios Aristeo, hijo de Apolo, a quien se le atribuía el control de los efectos de la rabia y la diosa Artemisa, quien curaba la enfermedad; y hasta las menciones en la Ilíada sobre una especie de rabia que se apoderaba del perro de Orión, que ejercía una fuerza ‘maligna’ sobre la salud de la humanidad.

Y es que no solo la lucha de clases, la búsqueda de riquezas, posiciones sociales prestantes o la conquista de alguna tierra aparecieron como motivo de grandes conflictos en la historia; también lo fueron, como recuerda Sánchez (2011), las enfermedades infecciosas y las cargas psicológica, emocional, espiritual y mítica que se les atribuyó a lo largo de los tiempos. Lo anterior llevó a que, con un gran peso, las enfermedades participaran en el rumbo que tomó la vida en esta esfera.

La rabia, la cólera, la fiebre, la tuberculosis, el paludismo, la lepra, el tétano, el tifus, la disentería, la viruela o la peste negra (bubónica y neumónica), todas fueron relacionadas con presencias sobrenaturales que se apoderaban de su víctima para transformarla en una cosa ajena a lo establecido o conocido como ‘normal’.

Ni siquiera con aproximaciones filosóficas, como el Método Científico propuesto en el siglo XVII por René Descartes, se logró hacer a un lado esa sed de condena del hombre rodeado de prejuicios. En lugar de darles una explicación lógica a las plagas que surgieron a través de los años, la gente se encargó de otorgarles más poder creyendo que se trataban de un castigo divino a las obras del demonio o de los seres inferiores a ellos.

Para el caso de la rabia, a esa idea ayudó su espectáculo sintomatológico, manifestado primero en los perros con la baba espesa, los ojos torcidos y una agresividad desaforada, que más tarde se transmitió a las personas.

Robert Koch (citado en Sánchez, 2011), padre y pionero de la microbiología, explicó en 1850 que las enfermedades infecciosas se transmitían en animales y humanos a través de pequeños microorganismos y como consecuencia de ambientes con altas temperaturas, falta de higiene, hacinamiento y miseria. Años más tarde, Pasteur descubrió la cura para la hidrofobia, nombre científico para ese ‘mal perruno’ que se apoderaba del cuerpo del paciente (y del alma, según la gente).

Pero otras fueron las ideas que calaron entre el Reino de la Nueva Granada hacia el siglo XVIII cuando los esclavos y la harina era lo que mejor se vendía (legalmente y de contrabando), y la gente se distraía con las ferias que llegaban a las playas de Cartagena, tiempo en el que todo, o casi todo, tenía una explicación mítico-religiosa.

Quizás si el médico Robert Koch hubiera existido en el mundo de la pequeña Sierva María de Todos los Ángeles, su historia de rechazo, encierro, maltratos y abandono hubiera sido muy distinta. Quizás sin esa “espectacularidad de la sintomatología” (Muñoz, 1990) que desde sus inicios rodeó a la rabia, el obispo don Toribio de Cáceres y Virtudes no hubiera ordenado un exorcismo a esa criatura que acababa de cumplir 12 años, por una leve mordedura de perro en su tobillo izquierdo, y que llevó a que la tildaran de demonio, hereje, una encarnación de Betsabé.

Así, esa joven de piel blanca y corazón africano que se movía mejor que los esclavos que la criaron, habría trazado un destino mucho mejor no solo para ella sino para los hombres y mujeres que la condenaron, unos por ignorantes y otros por obtusos.

Estos supuestos solo son la historia que no fue de la hija del marqués de Casaldueño y su esposa Bernarda Cabrera, la historia de una niña que “aprendió a bailar desde antes de hablar, aprendió tres lenguas africanas al mismo tiempo, a beber sangre de gallo en ayunas y a deslizarse por entre los cristianos sin ser vista ni sentida, como un ser inmaterial” (García Márquez, 1994, p. 29).

La verdadera historia de Sierva María de Todos los Ángeles, protagonista de la novela *Del amor y otros demonios*, comenzó ese primer domingo de diciembre en el que un perro la mordió. Todo pareció marchar normal en los días venideros. Ella, que sobresalía por esa larga cabellera que debía enredar con trenzas para no entorpecer sus pasos, celebró sus 12 años acompañada de los esclavos y en el patio de la casa. Ese era el lugar de la servidumbre, el mundo en el que sus padres la abandonaron, pues para ellos siempre fue como un fantasma, una obligación que odiaban y les recordaba el patético lazo que los unía. Era la representación en sus vidas de muchas cosas, ninguna de algo positivo, mucho menos de amor.

Pocos días después, la india Sagunta llamó a la puerta de ese ‘hogar’ y advirtió al marqués por una amenaza apocalíptica, la rabia que comenzaba a apoderarse de su hija. Primero la negación, luego el silencio por temor a la deshonra y, finalmente, un intento por ayudar a la niña, fueron los actos que el marqués emprendió luego de esa premonición. Aconsejado por el médico portugués de polémica reputación, Abrenuncio de Sa Pereira Cao, intentó hacer feliz a Sierva María, quizá el único remedio que le quedaba para superar la enfermedad.

Pero los síntomas empeoraron. Tras llegar a oídos del obispo De Cáceres y Virtudes, no hubo otra salida que internarla en el convento Santa Clara. Sería exorcizada. Llegó el cautiverio consentido, la compañía de un religioso en crisis, un amor prohibido, el odio, unas monjas traumatizadas, una niña despojada de todo, hasta de su cabello, una abadesa

escandalizada y un demonio que se instaló en los rincones de ese lugar. Así se resumieron las semanas siguientes. Finalmente, la niña murió casi en los huesos esperando por una salida a ese infierno.

De la noticia a la historia

Dice Jitrik (1995) que “muchas veces una obra literaria enseña más sobre la verdad de un proceso que la historia o la sociología mismas” (p. 48) y eso es, precisamente, lo que encontramos en esta novela de Gabriel García Márquez, una radiografía de una sociedad que veía a ciertas enfermedades como la representación del demonio, una ficción que refleja el comportamiento histórico frente a lo desconocido, en este caso, la rabia.

Aparece la cuestión sobre si dicha obra puede entrar en el subgénero de novela histórica y si los hechos que narra validan o no esa condición. Empecemos entonces recordando que este relato inicia, desde el mismo prólogo, en el que el autor justifica su creación como consecuencia de un hallazgo verdadero, reseñado, incluso con fecha, acontecimientos precisos:

El 26 de octubre de 1949 no fue un día de grandes noticias. El maestro Clemente Manuel Zabala, jefe de redacción del diario donde hacía mis primeras letras de reportero, terminó la reunión de la mañana con dos o tres sugerencias de rutina (...). Minutos después se enteró, por teléfono, de que estaban vaciando las criptas funerarias del antiguo convento de Santa Clara, y me ordenó sin ilusiones: “Date una vuelta por allá a ver qué se te ocurre” (1994, p. 7).

Así, el escritor, en calidad de reportero y narrador, se adentra en los primeros hechos que llevaron a descubrir “la gran noticia” cuando estaban sacando los restos de tres generaciones de obispos, enterrados en las criptas del “histórico” (y aquí se recalca esa condición) convento de Santa Clara, donde también estaban los restos de algunos virreyes y los miembros de una familia prestante de Cartagena, entre ellos el marqués de Casaldueño y su primera esposa, Olalla de Mendoza.

El acontecimiento que tiene lugar después desencadena, como nos cuentan aquí a modo de confesión o justificación, la razón principal de la novela, sumado al parecido que tiene con una leyenda que la abuela del escritor le contaba cuando era niño:

En la tercera hornacina del altar mayor, del lado del Evangelio, allí estaba la noticia. La lápida saltó en pedazos al primer golpe de la piocha, y una cabellera viva de un color de cobre intenso se derramó fuera de la cripta. El maestro de obra quiso sacarla completa con la ayuda de sus obreros, y cuanto más tiraban de ella más larga y abundante parecía, hasta que salieron las últimas hebras todavía prendidas a un cráneo de niña. En la hornacina no quedó nada más que unos huesecillos menudos y dispersos, y en la lápida de cantería carcomida por el salitre sólo era legible un nombre sin apellidos: Sierva María de Todos los Ángeles. Extendida en el suelo, la cabellera espléndida medía veintidós metros con once centímetros (García Márquez, 1994, p. 8).

Hay un referente que aparece consignado en la historia de Cartagena que, aunque no es relatado por García Márquez, podría pensarse que también inspiró su novela. Se trata de la hechicera Lorenza de Acereto, una mujer de elite en la ciudad que fue juzgada por el Tribunal del Santo Oficio por atentar contra la fe católica con actividades de herejía, quien además fue una de las imágenes que le dio rostro a lo que venía sucediendo en la época de la conquista, donde a los indígenas se les impuso la religión del reino de España y otras culturas europeas que chocaron con sus propias tradiciones, llenas de supersticiones y creencias, catalogadas más tarde como brujería.

Brujas, demonios, hechiceras, supersticiones de todo tipo y forma, seres, objetos y conjuros que abrieron puertas a las fuerzas de otros mundos ocultos, (...) no importa en qué época, cultura o raza. La Iglesia –como antes lo hicieran otros poderes fácticos, políticos o religiosos– siempre consideró todo ello como algo peligroso, un enemigo potencial al que había que erradicar por medio del instrumento de que se valía en las Indias Occidentales: el Tribunal del Santo Oficio (Restrepo, 2012, p. 10).

En *Del amor y otros demonios* nos topamos con un relato que hace alusión a situaciones (aunque no como copias fieles de la realidad) que tuvieron un impacto social considerable, contadas además bajo el estilo único de García Márquez. Son estas las características, de las que nos habla Jitrik (1995), que se contemplan en la novela histórica: la relación de lo referente (la historia existente) y lo referido (la manera en que aparece en el texto), más la forma en que esto se conjuga; de ahí el valor que se le reconoce a esta novela en particular.

Vale la pena recordar que no por tratar hechos históricos, necesariamente, estos debieron suceder como se despliegan en la novela, pues una cosa es que esta sea verosímil y otra que sea verdadera, de ahí lo que Enrique Pupo (1982) describe como la “concepción integradora” de la crónica (para nuestro caso, hablamos de novela) y su mezcla de historia y creación narrativa.

De igual forma, en *Del amor y otros demonios*, dicha combinación la vemos desde un narrador en tercera persona, uno de los aspectos a los que se refiere Kurt Spang (1995) para hablar de novela histórica: el narrador que puede ser despersonalizado (como en este caso) y que puede hacer parte del relato o, como sucede aquí, ve los hechos desde arriba.

No nos detendremos en una diferenciación que hace el pensador sobre la novela histórica de tipo ilusionista (insistencia en que lo que se lee es real) y anti-ilusionista (advertencia al lector de que está ante una ficción), pues en la novela que acá nos ocupa se percibe un híbrido entre esas dos categorías, partiendo –por ejemplo– de los datos históricos que proporciona y la manera en que los introduce.

Por otro lado, en el prólogo de la novela hay otra señal para determinar a qué tipo de texto nos enfrenamos, cuando el escritor hace referencia a la leyenda que le contaba su abuela sobre una niña que murió por el mal de la rabia y que se distinguió por tener una extensa cabellera, quien además era venerada por sus milagros. “La idea de que esa tumba pudiera ser la suya fue mi noticia de aquel día, y el origen de este libro” (García Márquez, 1994, p. 8).

El tiempo y la ubicación en las diferentes etapas de esta obra son una marca del autor, quien además se vale del clima para advertir sobre sucesos claves que han de ocurrir en el relato,

como cuando nace Sierva María, “una mañana de lluvias tardías, bajo el signo de Sagitario” (García Márquez, 1994, p. 29) o cuando el marqués, sin más salida para el mal que aqueja a su hija, la deja en el convento: “Había relámpagos y truenos remotos en el horizonte, el cielo estaba encapotado, y el mar áspero” (p. 39). También se apoya en los meses para ir pintando una línea cronológica, como con las brisas de diciembre, la helada mañana de febrero, los primeros truenos de abril, el eclipse total en marzo y el olor a rosas de los primeros días del mes de mayo.

De otro lado, tanto el inicio como el final de esa anécdota autobiográfica, presentada a modo de prólogo, inician con una fecha. La primera nos habla del año en el que ocurrieron los hechos que dieron lugar a la novela, es decir, el descubrimiento de los restos de una niña y sus cabellos de más de veinte metros; y la segunda del año en que esta se terminó de escribir. Más adelante, cuando se recrea la historia de la marquesita y su drama, retrocedemos varios siglos atrás hacia la época colonial.

Lo anterior se une a los datos históricos que van apareciendo sutilmente y ayudan a conocer el panorama de una ciudad que seguía creciendo desde afuera con los arrabales, pequeñas invasiones que llegaron a ser tan grandes y pobladas que fue necesario incorporar a la urbe; de ahí el nombre, por ejemplo, del Arrabal de Getsemaní, que todavía hoy es conocido así, aunque en realidad ya no necesita el calificativo extramural, pues ahora es un barrio más. Justo en el puente levadizo que conducía a dicho arrabal, después del Portal de los Mercaderes, fue donde el destino de la pequeña Sierva María tomó el curso equivocado, a razón de esa mordedura de perro.

Conocemos entonces eventos propios de la época como la Feria de Portobelo y las muchedumbres felices cuando llegaban los cargamentos de la Flota de Galeones y la Compañía Gaditana de Negros. De igual forma, se presentan (entre muchos otros) lugares como el convento de Santa Clara y el hospital del Amor de Dios. Todo, en su conjunto, facilita una mirada introspectiva a la Cartagena de Indias de aquellos años.

Los rostros del demonio, un personaje *histórico*

Una constante interesante de la novela es que presenta a sus personajes a través de las historias con sus propios demonios y temores. Así, a lo largo del texto es común toparse una y otra vez con palabras que hacen referencia a la condena, al *demonio*, la purga, el sufrimiento, la injusticia, la esclavitud, el tráfico humano, la lujuria, la matanza de animales, los conjuros de los africanos, el temor al infierno, el homicidio y la mentira, en resumen, al pecado.

La protagonista, Sierva María de Todos los Ángeles, es la imagen de la víctima, marcada por el abandono biológico pero acogida por un linaje de esclavos, criada por Dominga de Adviento, una negra cuyo poder superaba el de los dueños y señores de la casa.

Así, su vida entre un patio con sirvientes y una casa con ‘civilizados’, propone una ruptura de clases y advierte una crisis de poderes, una muestra de los alcances que tenían los negros, aún en su condición de oprimidos. Hay que recordar que la niña, quien se niega a hablar español y a aprender a escribir, termina presentándose con un nombre africano que inventa: María Mandinga, y así se configura un personaje con una mezcla de culturas (españolas, criollas y africanas).

El siguiente personaje trascendental en el sino de la novela es el sacerdote Cayetano Delaura, mano derecha del obispo De Cáceres y Virtudes, imagen (secreta en un comienzo) del

desertor religioso, que pone en tela de juicio los mandatos católicos y expone la crisis de la religión y la rebelión de la doctrina eclesiástica.

Con 24 años más que Sierva María, él será a la vez príncipe y verdugo, asignado para reallizarle el exorcismo, basado en todo lo que su religión le inculcó, pero termina cuestionando cada paso que da, tentándose por las lecturas prohibidas, de corte filosófico y contestatario, inmerso en “la cárcel de los libros prohibidos en la Santa Inquisición” (García Márquez, 1994, p. 53), y contagiándose por el *demonio* del amor e invocando los poemas de Garcilaso de la Vega durante los encuentros clandestinos en una celda.

En el papá de la joven, el marqués de Casaldüero, Ygnacio de Alfaro y Dueñas, también encontramos un personaje crucial, pues es quien termina llevando a su hija a las fauces de lo que será su infierno y condenándose a perder para siempre el amor que comenzaba a sentir por ella. De esta manera, este noble criollo que perdió la fe cuando su primera esposa murió calcinada por un rayo, terminará jugando con las mejores cartas de dos bandos enemigos: la ciencia y la religión, en busca de una salida a la enfermedad de Sierva María.

Aparece entonces la otra cara de esa rivalidad: Abrenuncio, un judío portugués expulsado de su país, el médico más reconocido y controvertido en Cartagena por sus métodos poco ortodoxos para curar a sus pacientes. Cuando el obispo le pregunta al padre Delaura qué se sabe de Abrenuncio, este hace alusión al significado de su último nombre, que en portugués es ‘perro’.

Habló de sus recetas mágicas, de la soberbia con que vaticinaba la muerte, de su presumible pederastia, de sus lecturas libertinas, de su vida sin Dios. Sin embargo, el único cargo concreto que le habían hecho era el de resucitar a un sastrecillo remendón de Getsemaní. Se consiguieron testimonios serios de que estaba ya amortajado y en el ataúd cuando Abrenuncio le ordenó levantarse (García Márquez, 1994, p. 37).

A su vez, el acusado de hereje describe al religioso de la siguiente manera: “La participación de monseñor Cayetano Delaura en la visita al obispo le pareció un precedente siniestro. “Es un verdugo”, dijo, sin más vueltas, y se perdió en una enumeración erudita de antiguos autos de fe contra enfermos mentales ejecutados como energúmenos o herejes” (García Márquez, 1994, p. 47).

Esa crisis, que se nombraba antes, comienza a permear todos los escenarios, y es con el obispo y la abadesa Josefa Miranda que nos encontramos con la imagen de la fractura al interior de la iglesia. “Antes de ocuparse de la niña le rogó de muy buen tono a la guardiana que saliera de la celda. Luego, sin la misma dulzura, le dijo a la abadesa: “Usted también, por favor”. “Bajo su responsabilidad”, dijo ella. “El obispo es la jerarquía máxima”, dijo él. “No tiene que recordármelo”, dijo la abadesa, con un sesgo de sarcasmo. “Ya sabemos que ustedes son los dueños de Dios” (García Márquez, 1994, p. 53).

Otros personajes importantes son la negra yuruba-católica Dominga de Adviento, quizá la única figura maternal que Sierva María conoció; Bernarda Cabrera, madre biológica y enemiga de nacimiento de la pequeña, y Martina Laborde, monja condenada a cadena perpetua por asesinar a dos compañeras, quien sirvió de consuelo para la joven en cadenas.

A medida que avanza el relato van apareciendo otras figuras complementarias como la india Sagunta, que lleva el mal de la premonición, y la mulata Caridad del Cobre, encargada de vigilar a la niña cuando está en casa del marqués.

Al final, secundarios o principales, todos representan la marca de algún *demonio*, sea del amor, como le pasa a Delaura; del conocimiento, en Abrenuncio; de la culpa, en el marqués; del prejuicio, en la abadesa; de la justicia divina, en el obispo; de la corrupción, en Bernarda, y de la locura, en Martina.

Por último, recordemos que esta historia comenzó con el desentierro de unos cabellos kilométricos, suscitando la idea de una prolongación de la vida incluso después de la muerte, advirtiendo, desde el principio, que el final de esta marquesita no sería otro que el de seguir existiendo como leyenda. Así lo nombran más adelante en la historia, cuando el doctor Abrenuncio revisa el cuerpo de la niña y se nos informa que “cada hebra de su cabello era el preludio de una larga vida”.

Quizá por eso al final, tras su fallecimiento, los cabellos siguen siendo protagonistas a pesar de haber sido mutilados en una de las sesiones de exorcismo a las que fue sometida Sierva María. En ese último momento, una guardiana va a buscarla a la celda, la encuentra “muerta de amor” y “los troncos de los cabellos le brotaban como burbujas en el cráneo rapado, y se les veía crecer” (García Márquez, 1994, p. 93).

La enfermedad como sombra del pasado, como pretexto literario y como hilo conductor de un relato, eso es lo que entrega esta novela a través de un pacto entre la historia y la ficción, una tregua entre la verdad y la mentira, esa que para Jitrik (1995) también admite transgresiones de cada una en el mundo de la otra, fórmula audaz que implica la ruptura de sus límites semánticos para darle paso a un nuevo sentido, el de la novela.

De esta manera, podemos concluir que por el contexto que ofrece, por su diálogo con el pasado y el presente, por su propuesta narrativa, por la interacción que establece con el lector, por la función de cada personaje en el interior de la trama y la facilitación cronológica de distintos hechos, *Del amor y otros demonios* bien podría considerarse como *histórica*, toda vez que ese mundo que se expuso —lleno de prejuicios y miedos frente a lo desconocido, así como la condena a la que fueron sometidos los enfermos en el siglo XVIII— logra tener sentido y ser entendido, reflexionado, a través de unos personajes ficticios que aportaron en el carácter e identidad que quiso imprimirle García Márquez, un periodista que se topó con un desentierro y le dio vida a la historia que había detrás.

Referencias

- García Márquez, G. (1994). *Del amor y otros demonios*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Biblios.
- Muñoz, M. (Octubre de 1990). La rabia: una zoonosis de interés en Andalucía. En *Anales de la academia de ciencias veterinarias de Andalucía oriental*. 2 (1). 4-20.
- Pupo-Walker, E. (1982). *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid: Editorial Gredos.
- Restrepo, L. (2012) *El discurso de las condenadas, brujas y hechiceras en la Inquisición de Cartagena de Indias Siglo XVII (1610-1650)*. Sevilla: [s.e.].
- Sánchez, J. (2011). *Las enfermedades infecciosas en la historia humana*. [s.c.]: Libros en red
- Spang, K. (1995). ‘Características básicas de la novela histórica’ En: Arellano, I. y otros (comp.). *La novela histórica. Teoría y comentarios*. Eunsa: Navarra. Pp. 80-97.